

meda y sin muebles, hállase perfectamente y demuestra ocuparse en cosas de la mayor importancia; cuando se le aproxima alguno se sonríe, y otras veces responde precipitadamente: «No le conozco á Vd;» y se envuelve en su manta; pocas veces contesta con acierto. Repite á menudo: «Yo no sé, lo he olvidado:» y si se insiste, se impacienta, habla sola, en voz baja, y deja oír las voces entrecortadas de *fortuna, libertad, comité, revolucion, pícaro, decreto*.

«Irrítase y encolerízase cuando la contrarian, particularmente cuando quieren impedirle de tomar agua. Una vez mordió con tal furia á una de sus compañeras, que le llevó un pedazo de carne. Con que se ve que en ella la ferocidad ha sobrevivido á la inteligencia.

Devora cuanto le cae á las manos, paja, hojas, plumas y mendrugos que haya por el suelo. Arrástrase para beber agua de los arroyos, negra y cargada de inmundicias, prefiriendo esta bebida á otra cualquiera.

«No conserva sentimiento alguno de pudor; permanece desnuda sin avergonzarse á la vista de los hombres. Un día, en un lucido intervalo llamó á un vecino desde la ventana, y quejóse de que la tenían encerrada injustamente rogándole que se interesase por ella é hiciese pasos para que la sacáran. Creyendo este que era víctima de una injusta detencion, dirigióse á la comision de seguridad general, la cual mandó tomar informes; pero como el estado de demencia en que se hallaba Théroigne se agravaba diariamente, no pudo ponérsela en libertad.

«Hasta sus últimos días conservó restos de hermosura, notándose particularmente la perfeccion de sus pies y manos» (1).

Murió en 9 de mayo de 1817, de edad de cincuenta y ocho años.

(1) Biografía de las Mujeres.

MADAMA NECKER.

SUSANA Curchod de Naaz descendia por línea materna de una antigua familia de Provenza que se vió obligada á retirarse á Suiza á consecuencia del edicto de Nantes. Nació en el lugar de Grassy, situado en las montañas que separan el país de Vaud del Franco-Condado. Su padre ejercia allí el ministerio evangélico, consintiendo en esconder los tesoros de ciencia que poseia en aquellas humildes funciones, y él mismo cuidó de su educacion, logrando adornar precisamente aquella tierna inteligencia con variados conocimientos, particularmente con un espíritu metódico que sirve para adquirirlos todos. Pronto le fueron familiares las principales lenguas antiguas y modernas, tomando especialmente tal gusto por los autores latinos, que toda su vida conservó la costumbre de hacerse leer en voz alta sus pasages mas sobresalientes. (1). Además de los atractivos intelectuales poseia los mas visibles de una hermosura sorprendente: estatura alta y proporcionada, facciones animadas y finas, y modales llenos de natural dignidad. Sus ojos azules, dice madama Necker de Saussure, eran tiernos y tal cual vez cariñosos, notándose en su fisonomía una espresion tan pura é ingénuo, que con su cara grande y algo recta formaba un contraste seductor (2). El célebre historiador inglés Gibbon no pudo verla sin experimentar por ella un amor que desgraciadamente era poco apto para inspirar (*gibbosus*).

Segun varios biógrafos, tuvo ocasion de conocer al célebre

1) Noticia sobre Mr. Necker, por madama Staël, pág. 28.

2) Noticia sobre el carácter y los escritos de madama de Staël, pág. 20.

rentista de cuyas manos pendió por tres veces la balanza de los destinos de Francia, en casa de madama Vermeux de Paris, donde habia entrado en calidad de institutriz. Era este Mr. Necker, el cual pronto supo apreciar el mérito distinguido de aquella hieldad, cuyos encantos le pareció podian fácilmente llenar el inmenso intèrvalo que separaba la fortuna del millonario de la de la hija del pobre vicario del pais de Vaud. Y efectivamente, jamas la suerte, que tan favorablele habia sido, no hicièra tanto por él como el dia en que la modesta Susana tomó el nombre de Madama Necker y vino á embellecer con sus tímidas gracias el interior de sus magníficos salones. Interesante seria el espectáculo, dice madama Saussure, que ofreceria una muger jóven y hermosa al pasar de un profundo retiro á una situacion brillante, y luego al puesto mas eminente; y el ejercer sobre todos los objetos de un mundo nuevo para ella un talento ya muy cultivado, observando la sociedad entera con el doble objeto de distinguirse y perfeccionarse á un mismo tiempo. (1).

No hubo jamas enlace mas simpático de corazones y sentimientos. Mr. Necker halló en ella un entusiasmo de gloria que fué tal vez el primer móvil de la carrera que siguió. (2) Hay hombres, añade Mr. de Staël hablando sobre el mismo asunto, que necesitan que se les comunique el secreto de sus propias fuerzas, y probablemente han quedado en la obscuridad grandes talentos por no haber habido un impulsador que se los revelára. (3) Fuèra examen muy esencial, notan los autores de la *Galería de los Estados Generales*, el de la influencia que ejerció *Statira* (madama Necker) en los asuntos de Francia: el saber hasta qué punto inspiró á aquel cuyos escritos prepararon la revolucion; si ella fué el resorte oculto de las operaciones que hoy dia debemos deplorar ó bendecir; y si el alma de esta muger no era de esas ambiciosas, sino capaces de abarcar todos los intereses de un estado, al menos de justipreciar cada uno de ellos separadamente, de as-

(1) *Noticia sobre madama de Staël*, pag. 19.

(2) Lally-Tolendal, *Biografía universal*.

(3) *Noticia*, pág. 32.

pirar á los grandes cambios para que su buen éxito llenase de gloria al autor, y de sacrificarlo todo á la reputacion de grande ingenio que queria se grangease á toda costa el ídolo de sus pensamientos (1).

Aunque tenia algunos estudios literarios, habia dirigido Mr. Necker hasta la fecha de su matrimonio (1764), todas sus miras hácia la fortuna, dedicando veinte años de su vida á la ereccion del brillante edificio de la que logró juntar.

Sabido es que en aquel tiempo los literatos eran los que mas imperio tenian sobre la opinion. Reuníalos en su casa madama Necker, contándose entre los que la frecuentaban á Buffon, Thomas, Marmontel, Saint-Lambert, el marques de Pezay, Grimm, Raynal, etc. Para tener una idea exacta del espíritu de la sociedad de aquella época, en que el talento de platicar adquirió suma importancia, en ninguna obra se hallará tan completa como en la que se recopiló bajo el título de *Escritos de madama Necker*, la cual, como lo decia ella misma tan ingeniosamente, es el *Testamento de la Conversacion*. En medio de los sistemas atrevidos y de las tesis filosóficas sobre que usualmente versaban, sin que se reparase en llevarlas al último extremo en presencia de madama Necker, esta, al paso que tomaba parte en las doctas disertaciones, jamas se apartaba de la rigidez de sus principios religiosos. Llamábanla la hermosa Aretusa cuyas aguas conservaban la pureza y el sosiego en medio de las turbulentas olas que la rodeaban. Era digna de ver aquella *solitaria de los Alpes*, tan ingénua y sencilla, luchando con ingenios tan audaces como los de Diderot y d' Holbach! Sin embargo aquella especie de candor y naturalidad que infundia á su lenguaje un cierto vislumbre de verdad misteriosa, hacia que se le escuchase con respeto. «Muy equivocado anduvièra, observa Mr. de Staël, el que creyese que la conversacion de aquellos hombres superiores ofrecia nada mas que placeres. Antes por el contrario, para gozar de ellos era menester un asídulo trabajo y una aplicacion incessante. ¡Qué atencion para no ofender el amor propio de ninguno! ¡cuantas pretensiones habia que conciliar! Una leyen-

(1) Parte tercera, pág. 21 y 22.

da era un negocio de estado que era preciso preparar muy de antemano; y un poco de distraccion por parte de los oyentes, una crítica algo franca y la poca viveza en los aplausos, bastaban para originar implacables enemistades. Madama Necker se dedicaba incesantemente á esta especie de administracion literaria y social. Todos los instantes de su vida los tenia empleados en alguna ocupacion. A su atencion no se le escapaba pormenor alguno. Una vez se le extravió el librito de memorias en que todas las mañanas solia apuntar el destino que debia dar á las varias horas del dia, y habiendo caido en manos de Mr. Necker, no pudo menos este que reirse al leer estas palabras: *Volver á enlazar á Mr. Thomas sobre su canto de la Francia, en su poema de Pedro el Grande.* La misma madama Necker ha dicho: «Ocupo con harta exactitud las horas que debiera tener libres para poder gozar de ellas con satisfaccion.» Consideraba ella la vida mas bien como una cadena de trabajos dirigidos á diferentes objetos, que como un goce sosegado de los placeres que la Providencia ha esparrado sobre la tierra (1).

Mr de Lally-Tolendal pinta á madama Necker como una persona de carácter sencillo, aunque en algunas ocasiones se le notase un talento estudiado, debiendo mucho mas su saber á los libros que al trato del mundo, y no teniendo en todas sus obras mas guia que su conciencia. Dotada de suma capacidad intelectual, dice madama de Saussure, y habiendo conseguido muy buenos frutos del estudio, juzgaba que todo debia estudiarse, y en consecuencia se estudiaba á sí misma, estudiaba la sociedad, los individuos, el arte de escribir, el de platicar, el de gobernar una casa y principalmente el de conservar la pureza de sus principios sin despreciar nada de lo que puede ilustrar el entendimiento; miraba con atencion todas las cosas, hacia agudísimas observaciones, reducías á sistemas y de ahí sacaba reglas para su comportamiento. A su vista los pormenores adquirian elevacion é importancia, porque los enlazaba con las grandes ideas de la religion y de la moral; y ejercitaba su espíritu, ya de sí bastante metafísico, pa-

(1) *Noticia sobre Mr. Necker*, páginas 29, 33 y siguientes.

ra buscar el punto de contacto entre estas y aquellos. De este modo, haciendo interesar el deber en las mas leves ocurrencias de la vida, aborrábase la duda y el remordimiento; pero esta alianza artificial no podia estar en el alcance sino de la misma que la habia formado. Sin embargo, esta asiduidad de madama Necker en dirigir toda su atencion hácia el bien se oponia á la libertad de su trato y acciones, en términos que habia sujecion en ella y en los que la rodeaban. Probablemente su genio hubiera sido áspero y apasionada su voluntad, si desde un principio no se hubiese conocido la necesidad de dominarse. Como ella logró mucho por medio del conato, exigia igual conato en los demas, y solo era indulgente cuando el deber de la caridad cristiana se presentaba de un modo distinto á su entendimiento. Habia harto dominado la naturaleza, y por lo mismo conservó poco de sus instintos. Tenia necesidad de admirar lo que amaba, de modo que era imposible conociese los afectos nacidos enteramente de presentimiento y de imaginacion. Para ella el vínculo mas sagrado era el reconocimiento; así es que idolatró á su padre (1), y supo transmitir á su hija, madama de Staël, un amor filial exaltadísimo, que parece el carácter distintivo de esta familia (2).

Su marido la distrajo del proyecto que tenia de escribir, y ocupar entre los célebres literatos el puesto que proba-

(1) No podemos prescindir de citar una invocacion de madama Necker á los autores de de sus dias en sus reflexiones sobre el divorcio. «Oh mis ángeles tutelares! no concluiré este escrito sin dedicároslo en obsequio: fué dictado por la santa y delicada pureza cuyo modelo tuve en vosotros; y si he conseguido bosquejar de ella algunos rasgos, ha sido fijando mi vista sobre vosotros y sobre los principios con que fortificasteis mi débil existencia. Penetrada de reconocimiento por este beneficio inestimable, prostérnome á los pies del Ser Supremo, y en transportes mezclados de amor y dolor ríndole gracias porque os debo la vida y porque fuí criada en vuestro seno, en medio de vuestras virtudes y de su celeste influencia: ríndole gracias por un bien que ya no es mas, ¡ay! que un doloroso recuerdo; pero este recuerdo constituye una parte de mi ser, y se dilata á todos los tiempos y se asocia á todos mis pensamientos. ¡Oh verdaderos sabios que alcanzasteis en vuestra humilde y solitaria morada toda la grandeza moral de que es susceptible la naturaleza!...»

(2) *Noticia*, pág. 19 y siguientes.

blemente le asegurara su talento, por la razon de que tal vez no es bueno que una muger halle harta dicha y gloria fuera del matrimonio (1). El elevado talento de madama Necker contribuyó á ensanchar la esfera del suyo, y luego de casado no pareció ocuparse con ella sino de ideas literarias, políticas y administrativas. Entrególe las riendas de su caudal, del que no se acordó mas; y desde entonces tomó su carácter el desahogo, el desinterés y la generosidad que en lo sucesivo manifestára. «El interior de nuestra casa, dice madama Necker, es la descripcion que de él hace ella misma, ofrece el contraste agradable y visible á un grande ingenio en tutela, y de un hombre que podria dirigir la fortuna de las Indias y ha dejado á su muger el manejo tan esclusivo de sus negocios, que hasta ha olvidado su propiedad; muéstrase agradecido cuando hago algun gasto á su ruego, y lleno de timidez cuando me lo propone.» (2).

Ninguna cosa da mas á conocer la distinguida estimacion que le profesaba Mr. Necker, que estas palabras de madama de Staël, sacadas de la misma obra: «*El recuerdo de mi madre le dominó siempre hasta la muerte.*» No se ocupaba él de la felicidad de su muger asi como suelen hacerlo los hombres públicos, con algunas demostraciones de vez en cuando, que, segun dicen, deben bastar á la suerte subordinada de las mugeres; sino con la manifestacion continua del afecto mas tierno y esquisito (3).»

Por su parte ya no trató madama Necker mas que de hacer resaltar en su marido la gloria que habia soñado para sí. Era tal la conviccion de que ella cooperaba en las obras de este, que en la maligna sátira ya citada que salió contra ella bajo el nombre de *Statira*, se le echa en cara el no haber dejado íntegro el pensamiento de Mr. Necker y el no haber tratado lo bastante de evitar la sospecha que tenian todos de que ella era la autora de una parte de sus obras, que tuvieron muy buena aceptacion (4).

(1) *Noticia de Mr. Staël*, pág. 336.

(2) *Manuscritos de Mr. Necker*, publicados por su hija, pág. 18.

(3) *Idem*, pág. 10.

(4) *Galeria de los Estados generales*, tercera parte, p. 23.

En suma, confundieron de tal modo estas dos existencias en una sola, que retratando á la una, se da la pintura de la otra.

Ofrecióse á la sazón á Mr. Necker un honor de suma distincion, cual fué el de ser nombrado ministro de la república de Ginebra, residente en Paris. Mostróse digno de tamaño encargo rehusando noblemente la asignacion que lleva consigo. Estas funciones le hicieron entrar en relaciones con el duque de Choiseul, que era ministro, el cual tuvo ocasion de conocer su mérito; pero no bastaban para dar pábulo al foco de actividad del ilustre consorcio. Dióse á luz en 1769 una memoria á favor del privilegio de la Compañia de las Indias en que por primera vez se trataban las cuestiones de intereses mercantiles con toda la gracia, elegancia y pureza de estilo. Mr. Necker, miembro de dicha compañía, abogaba *pro Domo-Suá*; y el abate Morellet luchaba contra ella á favor del gobierno. En esta lucha, trabada entre el literato consumado y el rentista, quedó la victoria por lo que toca al mérito literario á favor de este último. Cuatro años despues propuso la academia el elogio de Colbert como asunto de oposicion; é igualmente fué coronada la pluma conyugal. Apareció poco despues el Ensayo sobre la legislacion y el libre comercio de granos, en que se halló un tratado completo de administracion rentística y una viva censura contra el sistema de los economistas de la época, llamando nuevamente la pública atencion y acreditando su autor grandes conocimientos en la materia.

Asombrados de la analogía que tienen estos escritos, por lo que mira al deajo y al estilo, con muchos trozos de los que existen de madama Necker, no vacilamos en creer que ella ha tenido gran parte en su composicion.

En aquella época hicieron Mr. y madama Necker un viage á Inglaterra, en el cual se exaltaron, á favor de las constituciones al parecer liberales de aquel pais, sus cabezas helvéticas ya acaloradas por la libertad.

A su regreso hallábase Maurepas, ministro frívolo y superficial cual ningun otro, en el mayor conflicto para restaurar el estado de la hacienda, juzgando irremediable su des-

arreglo á causa de la resistencia que oponía el parlamento en registrar el impuesto. En semejantes apuros dirigióle Necker una memoria en que le puso á la vista los incalculables recursos que tenía la Francia, cuyas riquezas se habían centuplicado á consecuencia de la prosperidad de su comercio y de sus colonias, y de una paz continental de veinte años.

Maurepas quedó deslumbrado; y no obstante el doble obstáculo que presentaba en Necker la calidad de extranjero y de protestante, y atendida la gran popularidad de que ya gozaba, fué nombrado director general del real tesoro en 1777, y concibió el plan de administracion regeneradora que pronto puso en ejecucion.

Consistieron sus primeras operaciones en economías y reducciones de mucha cuantía en los gastos, dando él un primer ejemplo con rehusar la pingüe asignacion del empleo que acababa de obtener. Por medio de estos importantes ahorros consiguió, si ha de darse crédito á madama de Staël en sus *Consideraciones sobre la Revolucion Francesa*, tomo I, pág. 64 y siguientes, hacer frente sin recurrir á nuevos impuestos, á los cuantiosos gastos de la guerra que sostuvo á favor de la independencía americana, de que fué uno de los principales instigadores, presentando además un escedente de algunos millones de los ingresos sobre las salidas, sin apartarse de la senda de los recursos fiscales hasta entonces conocidos. Tras mil y mil dilapidaciones vino el orden mas admirable. Empero Mr. Ouvrard desaprueba de su administracion los empréstitos con que agravó el tesoro válido de su crédito casi europeo, sin crear para extinguirlos una caja de amortizacion. Supone este célebre rentista que aquellos empréstitos fueron el origen del déficit que posteriormente abriera la sima donde estuvo á pique de abismarse la fortuna pública. (1) Mr. de Staël, en la noticia que ya hemos citado, impugna ventajosamente este sistema de amortizacion (pág. 153).

Empero el acto de mas osadía y por cierto á la sazón el de mas empeño, fué la cuenta y razon (*compte-rendu*) presentada al rey en 1781, en que publicaba Mr. Necker á la

(1) *Memoria sobre la Hacienda presentada á Luis XVIII en 1814.*

Francia asombrada los misterios antes impenetrables del sistema por cuyo medio pasaban las riquezas del pueblo á la caja del estado, y sacaba á luz los secretos de la situacion rentística del gobierno y de la inversion de los caudales que le estaban confiados. Esta obra produjo universal entusiasmo, fué leida en lugares y aldeas, circuló con la mayor rapidez, fué traducida en todas las lenguas de Europa, y se imprimieron de ella un sinnúmero de ejemplares, multiplicándose al infinito sus ediciones. Quizás fué esta la primera vez que el pueblo se ocupó de sus propios negocios. Así es como empezaron á ponerse al descubierto y bajo el exámen popular los actos mas importantes del gobierno. Con motivo de esta *cuenta y razon* Thomas da la preeminencia á Necker sobre Colbert, porque este *solo trabajó para el rey*, al paso que aquel *trabajó para el pueblo*.

Con el inmenso crédito que por este medio se grangeó, podia Mr. Necker poner por obra grandes cosas, como así lo verificó. Estableció juntas provinciales, compuestas de los principales propietarios de cada provincia, en las que se discutía el reparto de las contribuciones y los intereses locales de la administracion; cuya idea habia ya concebido Turgot, pero no se juzgó bastante fuerte para ponerla en ejecucion. Allí despuntó el gérmen del memorable doblamiento del estado llano, que decidió mas tarde los mas graves acontecimientos. Así iban preparándose los ánimos en todas las clases del reino para la discusion de cuestiones administrativas del mayor interés.

La benévola madama Necker dirigió especialmente sus miras á la mejora del régimen interior de los hospitales y cárceles, y ella, que daba tanta importancia á las ocupaciones y goces del entendimiento, dedicaba todo su tiempo, dice Mr. Lally-Tollendal, á pesar del mal estado de su salud, á los cuidados minuciosos y á veces repugnantes que esta administracion exigía. Fundó el hospicio que aun conserva su nombre; y Mr. Necker, en su cuenta y razon, habla de esta buena obra de su muger como una de las mejores de su corto ministerio. Madama Staël observa que seria muy difícil explicar cuáles eran, segun el language del mundo, los placeres

de que ambos á dos disfrutaban: cuáles los honores, la fortuna, las ventajas que podían sacar de semejante vida: ellos no esperaban nada del mundo mas que la estimacion pública, y esta la obtenían todos los días, como lo atestiguan los multiplicados obsequios de los personajes mas célebres de la época (1).

Lo que mas particularmente amotinó una turba de descontentos contra Mr. Necker, fueron las reducciones que hizo en la casa real, en los fondos destinados para pensiones, en los empleos del ministerio de Hacienda y en las gratificaciones concedidas á los cortesanos sobre estos empleos. Empezaron á hoyer libelos, que le llenaron de sinsabores; y madama Necker, mas exaltada que él, le indujo á presentar su dimision, la que se apresuró á admitir el visionario y envidioso Maurepas. Empero su separacion fué mirada como una calamidad pública.

Desde su retiro de Saint-Ouen, publicó tres años despues, en 1784, la célebre obra de la *Administracion de Rentas*, que tuvo la misma aceptacion entusiasta que las precedentes, y de la que se imprimieron ochenta mil ejemplares. Abrazaba esta obra todos los planes de reforma que posteriormente adoptó la asamblea constituyente en el sistema de contribuciones, y contenia la censura indirecta del ministerio saqueador de Calonne, á cuyo despilfarro parecían haber sido abandonados los caudales públicos. Contestó este impugnando la veracidad de la *cuenta y razon* ante la asamblea de notables convocada en 1787. La réplica de Necker fué aterradora, y por precio de ella sufrió el destierro; pero ¿qué destierro? Sus salones se vieron llenos de los primeros personajes que iban á manifestarle el interés que tomaban en su desgracia.

Brienne sucedió á Calonne; pero como piloto aun menos práctico, áspero de genio y falto de las gracias y seducciones de su antecesor, dejaba navegar á todos vientos la nave del estado y no sabia como despejar el caos de la hacienda. Como no podia pagar capital ni intereses de la deuda pública, in-

(1) *Carácter y vida privada de Mr. Necker*, pág. 3.

ventó la creacion de billetes con interés; pero al momento de publicarse este decreto, difundióse la alarma y temióse una insurreccion. Entonces indicóse á Necker como el único que podia salvar la nave del estado puesta á punto de naufragar.

Volviósele á llamar; y á su llegada subieron los fondos un treinta por ciento en una sola mañana. El tesoro real que ya estaba exhausto, se vió rápidamente provisto, restablecida la seguridad, y los parlamentos desempeñando otra vez sus funciones.

En virtud de una resolucion del consejo se habia decretado en 8 de agosto de 1788 la convocacion de los estados generales; y en su manifiesto al rey de 27 de diciembre siguiente, se pronunció altamente por ellos Mr. Necker: el *ruido sordo* de la Europa los pide, dijo. Empero la gran cuestion del momento fué el modo con que se procederia á su convocacion; y en el manifiesto que acabamos de citar se decidió Necker formalmente por la doble representacion del estado llano.

Exasperóse la corte al ver las innovaciones de la asamblea sobre la autoridad real; y llegó al colmo su descontento con el famoso juramento del juego de Pelota, en que Mirabeau trató con ella de igual á igual. El mal éxito de la sesion régia que afectaron apellidar una *apertura de parlamento (lit de justice)* en que el rey trató de reanimar las reliquias de un poder decrepito, á cuya sesion dejó de asistir Necker, acabó de indisponerle con la corte. Creyósele autor de todos los males, y desde luego se le notificó su destitucion; pero no bien se divulgó, cuando estalló una sublevacion popular que obligó á la reina y á Luis XVI á suplicar á Necker que permaneciese, jurándole que no harian mas que su voluntad. Empero esto no fué mas que un ardid; pues el 11 de julio recibe un billete del rey en que le manda salir del reino. Entonces fué cuando tuvo la generosidad de escribir á la casa de Hoppe de Hamburgo, que le habia exigido su caucion personal, para encargarse de los abastos de Paris, que no obstante su destierro continuaba su garantía (que era de dos millones) cuyo importe dejaba depositado en el tesoro.

Por mas precauciones que tomase para salir de Paris sin